

DISCURSO

PRONUNCIADO

POR EL CIUDADANO LICENCIADO

JOSÉ MARIA PEREZ Y HERNANDEZ

LA TARDE DEL

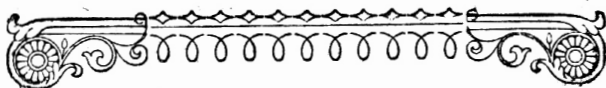
27 de *Setiembre* de 1850,

Como orador nombrado por la Junta Patriótica de esta Capital
é impreso de órden de la misma Junta.



MEXICO.—1850.

Tipografía de B. Rafael, calle de Cadena número 18.



Las naciones nacieron ó se crearon libres é independientes; mas si el curso de las vicisitudes humanas hace que una sucumba á otra la libertad é independencia de la subyugada se nulifica, su soberanía muere y su poder se estingue. Empero si un hombre quebranta las cadenas de su servidumbre y restituyéndola su libertad la devuelve su poder, su soberanía é independencia, ese dia es el nuevo dia de la patria, el nuevo de su nacimiento; y ese hombre debe considerarse como el enviado del cielo, el escogido del Señor. Su nombre es inmortal, y justo que se venere de gente en gente y de generacion en generacion. Y si desgraciadamente despues del paso del gigante míseros pigmeos hacen fracasar la patria y su libertad vuelve á perderse, sus nombres deben ser maldecidos de siglo en siglo y de edad en edad.

EL AUTOT.

SEÑORES:

Si debemos dar crédito á esa historia perdida en la noche de los tiempos y de los sucesos, la formacion de todas las sociedades tomó su origen en la de familia, en la que el padre, cabeza de su estirpe y su genealogía, era el jefe querido y

respetado del resto común de los suyos; mas á medida que estas se multiplicaban, la sed de la ambicion crecia á la par con ellas, y el débil ve'ase de continuo tenazmente atacado por el fuerte, que entregado á la holganza abusaba de su fortaleza misma. Cada familia consideró su vacilante posicion y lo precario de su fortuna, y buscando los medios del amparo que embotasen los tiros de los que á mansalva le arrebataban su fortuna, y tal vez las prendas de su amor y su cariño; encontraron un abrigo en la *sociedad patriarcal ó tribu*, eligiendo del círculo de las familias reunidas el gefe superior de la tribu que atento á sus necesidades interiores, sistemase sus trabajos, la division de los frutos, el castigo de los culpables, y la defensa de los asociados.

Crecieron tambien estas masas informes, incoherentes y nómades, y con ella la multiplicacion de sus necesidades y goces. Midieron el espacio que ocupaban, y considerando corto y reducido el ámbito que los sostenia, y que á la vez tomaba alas la ambicion humana, que tanto fatiga al corazon, buscaron en los distintos puntos de la tierra los lugares que por su magnitud, por su naturaleza geológica, su salubridad, sus aguas y su topografia llenasen sus deseos y realizasen sus dorados sueños de ventura y de felicidad.

Gradualmente y por su respectiva escala ascendieron esas comunidades, á las cuales legó cada miembro una parte de su libertad y derechos naturales, para disfrutar los inmensos beneficios que la asociacion les ofrecia si cumplian con el pacto fundamental. Mas como la propension humana es tan susceptible á dejarse guiar por el delirio de esas fiebres facticias de ostentacion, de lujo y de poder; luego que los hombres se vieron constituidos en naciones y pueblos, se hicieron intolerantes al blando yugo á que el pacto los uncia; y convirtiéndose unos en guerreros emprendedores por manía, otros soberbios y descontentadizos, aquellos desleales y descortesés, esotros orgullosos y desmedidos, y algunos civilizadores por su amor á lo grande, á lo bello y aun á lo ideal; perdieron por primera vez el equilibrio regulador de la paz, y el odio, la venganza, la ambicion agitó las naciones y los hombres, como el recio vendabal agita las olas del oceano que turbulento despues sumerge hasta el fondo de su seno cuanto á su poder resiste.

Quebrada por primera vez la balanza equilibradora y reguladora de la paz, algunas naciones alzaron su vetusta frente, y con ojo de águila rapaz dirigieron su mano á las que con menos poder, menos civilizacion y mas indefensas por

—6—

su estado de atraso en los ardidés guerreros del hombre suspicaz y codicioso, se hallaron débiles é impotentes para resistir al formidable ataque de las que quisieron sujetarlo todo al hierro de su dominacion.

Entonces abrió la historia sus doradas puertas, y en el gran libro de su memoria eterna, sentó los sucesos que constituyen sus páginas de horror y de sangre, para que su filosofía fuese el juzgador justo y severo de las acciones del hombre, y su lectura sirviese á las naciones de leccion muda, pero elocuente y sublime. Mas los hombres se envanecieron con sus primeros triunfos y los sucesos han formado hasta nuestros dias los eslabones de la gran cadena de vicisitudes que han afligido á la desvalida humanidad.

En vano levantaron su apagada voz las naciones que podemos designar semisoberanas ó de una potencia secundaria. Su voz fué confundida con el grito del soldado, el sonido del parche ó el limpio acento del clarin guerrero. El estruendo de las armas, el tropel, la confusion los ayes del moribundo y del herido, los lamentos huérfano y la viuda, se mezclaron con la ronca del espresion del guerrero triunfador que á sangre y fuego sembró el terror, la desesperacion y la



muerte en todas las partes donde alcanzó la cuchilla de su furor.

A tal impulso cruel y sangriento, cedieron las potencias débiles, y en silencio lloraron su estado de esclavitud. Sintieron perdida su libertad y callaron; rota su soberanía y gimieron de dolor y de pena: mancillado su poder y sufrieron; pero terminó el sufrimiento, y colocándose en su lugar el desorden y el desenfreno, la confusión vino á introducir sus errores en las acciones de los pueblos que desearon su independencia, su vida y su libertad.

Sonó la hora de la venganza y del furor dormido por tanto tiempo, y rompiendo los diques de su encono y enojo, se precipitaron como el ángel de Israel sobre el pueblo egipcio y terminaron con la existencia, no de los primogénitos sino de las cabezas de familias que despues lloraron la pérdida de tan adorados objetos (1).

Así continuaron los crímenes y los horrores que seria pesado y tétrico reseñar. Verdad es que apegadas muchas naciones al principio de recuperar su libertad, marcaron su huella en el sendero de las violencias y de los excesos; mas tengamos presente que cuando un pueblo se mueve hácia el rescate de su independencia es

(1) Exodo XII. 30.

como el torrente que se desborda y arranca cuando le obstruye el paso. Echémós, pues, un velo á semejante idea. !Olvidemos esas escenas de consternacion y pavor!

Hay otras causas tambien que han influido en la servidumbre de los pueblos, estas son las erradas y falsas creencias que la idolatría produjo: y como el acaso hizo realizables algunos vaticinios ó predicciones que sin un fundamento sólido fueron lanzados en medio de una sociedad cuyos cimientos sin robustez debian ceder al menor peso y dejar desplomar el edificio, vino á gravitar sobre la suerte de las naciones. Esto fué lo que sucedió á la nuestra. Existia la prediccion de que otra fuerte y guerrera debia venir de allende el Oriente á gozar del suelo de los Aztecas.

Y el prodigio que para ellos no fué la obra de la casualidad, sino de lo preceptuado, y del castigo impuesto á sus extravíos, vino á influir eficazmente y á contribuir al triunfo del guerrero conquistador.

Los profundos conocimientos del inmortal Cristóbal Colon fueron mirados en los gabinetes europeos, como accesos de una imaginacion descarriada, y por lo tanto desechados. Mas encontraron su acogida y proteccion entre los nobles descendientes de Rodrigo, Fruela Atanagil-

do, Alfonso de Cantabria, Pelayo y Rodrigo de Vivar, los cuales no dirigieron sus huestes vencedoras del modo aterrador: y capitaneados por Fernando Cortés, pisaron nuestras playas y llevaron desplegado y triunfante el pabellon de Castilla hasta la gran Tenoxtitlan. No me es lícito, señores, calificar lo que está encomendado al cuidado de la historia: debo concretarme á los hechos, y ellos solos tendrán lugar en mi espresion.

Por tres centurias se sostuvo en el vasto imperio mexicano la dominacion española, gobernando el pais bajo un sistema ó régimen colonial, que no podia halagar á los naturales, pues que los alejaba de los primeros puestos del estado y que la cualidad de dependientes no podia lisonjear sus ideas. Mas toca tambien esta calificacion á la historia á quien la dejo. Empero volvamos nuestros ojos á esos edificios públicos de utilidad, seguridad, enseñanza y ornato, y ellos dirán con su silencio lo que no es dado á mi pluma describir. Plazas, Fortalezas, Castillos, Templos, Palacios, Cárceles, Leyes y Religion acudid á mi voz y revelad vosotros lo que yo quiero callar!

El severo historiador diria que esos testigos mudos, padron del tiempo y de las edades, demostraban el suave peso de una esclavitud pasi-

va, y que por donde quiera estaba el sello distintivo del noble y famoso dominador, ejerciendo el bien y dando impulso material á un pais vírgen, capaz de ser el emporio de la cultura, riqueza y civilizacion. Mas en cambio de esta innegable verdad, el propio dominador respondia: ¿qué vale todo eso en comparacion de la libertad de un pueblo? Esos bienes: ese adelantamiento: esa cultura y esos monumentos no sirven mas que para respetar á los hombres que fueron: para recordar que en nuestras venas circula tambien la sangre de los Rodrigos y Pelayos: para demostrarles á los primeros y á los últimos, nuestra profunda gratitud: para amarlos como hermanos y dividir con ellos nuestro pan, Pero el profundo respeto y los inmensos bienes, aun de la Eternidad misma, de nada valen si se mezclan con el acíbar de la servidumbre.

Por tres centurias, repito, dominó la monarquía española en el continente mexicano, hasta que arrojada la tea que inflamó los espíritus, el grito atronador del alzamiento conmovió ambos mundos y preparó la espada que un brazo gigante debia manegar para dividir el nuevo hemisferio del hemisferio antiguo.

Bien quisiera detenerme aquí para recordaros. . . . pero, no; que no es á mí á quien toca entrar en los pormenores de tantas y tan desa-

—1!—

gradables jornadas. Mas si me interrogáseis sobre este punto, yo os daría por respuesta: *¡página de luto, sangre y esterminio, desaparece de nuestra historia, que la razón y el juicio te repelen!* porque mas tarde vimos que tu pensamiento, si es que fué de independencia, fué grande, pero tus medios descarriados y punibles (1). Por tu ejemplo fatal se dió en posterior época creación á la ley monstruo que arrancó del suelo pátrio á millares de patricios, y con ellos la riqueza pecuniaria, para que dos poblaciones de la naciente América y otras dós de la anciana Europa crecieran al nivel de los colosos. *¡Página horrenda!* interroga á los caminos bañados con las lágrimas de millares de inocentes, á quien tal vez el cielo está vengando; y despues que por contestacion obtengas las ricas perlas de la casta vírgen derramadas á impulso del dolor; las del gallardo mancebo digno de Dios y los hombres: las del anciano venerable y la virtuosa y compungida madre, vé si puedes permanecer con orgullo y dignidad al lado del resto heroico con que se puede envanecer el pais.

Esas épocas transitorias á que acabo de hacer alusion, pasaron ya, es verdad, pero nos dejaron descubierto el cráter de una sima que nos

(1) El autor alude á la época de 1810.

espanta y horroriza. Pasemos pues esas dos modernas olimpiadas con el silencio de la tumba, y contrayéndonos al héroe de Iguala dirijamos á él nuestro respeto y sumision (3).

Bolívar dijo: "*Bonaparte en Europa, é Iturbide en América son los dos hombres mas extraordinarios que la historia moderna ofrece al mundo.*" ¡Génio sublime! tú comprendiste á los de tu género y te elevaste con ellos á la mansion de los justos donde reposas tranquilo.

Y tú venerado Emperador, escojido del cielo, enviado de paz y libertad permite que un momento mi débil pluma describa tus pensamientos, tus sacrificios y tus glorias, y que despues baje á depositar mis lágrimas sobre la tumba que encierra tus amados restos. Yo regaré con mi llanto tus cenizas, pero mi llanto te dirá cuanto sufre el corazon.

Movidos los hijos del vasto imperio de Anáhuac del justo pensamiento de recobrar un nombre que juzgaron ultrajado, levantaron su voz y su débil poder: mas al propio tiempo el génio de México dirigió su vista á lontananza y distinguió que la tempestad política se preparaba, pero que aun no era tiempo de lanzarse al oceano de

(3) Estando el pais casi pacificado á fines de 1819, el autor ha creido no deberse contar de insurreccion acalorada mas que 8 años.

las turbulencias, puesto que era fácil quedar envuelto y perecer en sus agitadas olas.

Comprendió que los medios de llevar á cabo tan soberbia empresa, eran los de captarse la amistad y confianza sin límites del bando dominador: tomarle sus avenidas: dividirlos entre sí: valerse de sus propias redes; y en una palabra, poner en juego sus propios pensamientos, para que tuviese cabida una reaccion filosófica y no una revolucion sanguinaria. Por esto es que lo vemos adherirse á la causa de los dominadores. Empero al abrazar esa causa, estrechaba á su seno la de la independencia y libertad del país que tanto amaba; y esta razon le hizo desechar el ofrecimiento de Hidalgo, para teniente general de su ejército.

Iturbide comprendió que no es lo mismo insurreccion que independencia, y sirviendo con celo y entusiasmo en el ejército real, llamó la atencion de todos: todos fijaron en él sus esperanzas, y continuando en el sendero de sus escondidos deseos, pronto se le vió llegar á comandante general del ejército en las provincias de Guanajuato y Valladolid. Mas como la envidia, compañera inseparable de la ignorancia, siempre dirige sus dardos al génio y á la capacidad, bien pronto se sintió herido el noble pecho del valiente general; pero á decir verdad las aguza-

das puntas solo tocaron la epidermis de su cuerpo, y cayeron para vergüenza y oprobio de sus calumniadores. Tuvo lugar de confundir á sus enemigos; mas con la grandeza del hombre inmortal, se contentó con echar sobre ellos una mirada lánguida de verdadera compasion.

En el silencio y la soledad permaneció el capitán de México hasta que el Boa revolucionario trastornó desde Madrid el gaditano mar. Y como las cortes con sus multiplicados decretos parece querian indicar á la colonia que la hora de su emancipacion habia sonado ya, los patriotas mexicanos sintieron renacer en sus pechos la llama de la independencia.

Tal estado de sorda agitacion no era desconocido al gobierno vireinal; ni á los demas hombres que temian se repitiesen los tristes pasos de los aciagos y pasados dias: y los unos por la íntima conviccion de que la monarquía española se desmoronaba por momentos: otros por su amor á la libertad de las naciones: aquellos por el decaimiento del ánimo y del espíritu: y los mas, porque solo tenian presente el principio de la propia conservacion, el resultado fué que todos se hallaron dispuestos á ceder un derecho que la fuerza de las armas les habia conservado.

No se escapó á la profunda penetracion de

Iturbide lo precario de esta posición y creyó que la verdadera hora del desprendimiento á la su-
mision era llegada. Entonces se determinó á
unir sus esfuerzos con los de los verdaderos
amantes de la independencia del país: y en Fe-
brero de 1821 dió á luz el célebre plan de Igu-
ala, y cuyo plan hace inmortal y grande á su au-
tor, porque constando solo de 24 artículos, ofre-
cia un asilo á los europeos, un trono á la familia
real de España: la entrada á los patricios en el
santuario de las leyes, y garantizando á todos la
libertad, igualdad y propiedad, el mérito tenia
las puertas abiertas para los primeros destinos
de la nacion.

Los propios enemigos del génio de la libertad
de México confesaron lo lleno de sabiduría y lo
coloso del plan: y las primeras espadas del ejér-
cito real, abrazaron la causa del país, y convi-
nieron en que se celebrasen los tratados de Cór-
dova, que no pueden considerarse sino como una
adición de la obra principal.

Seis meses fueron bastantes para que el héroe
de Iguala recogiera el ópimo fruto de sus pen-
samientos y sacrificios; y el 27 de Setiembre de
1821, cuyo dia conmemoramos, hizo su gloriosa
entrada en la capital del vasto imperio mexi-
cano.

Ese dia fué el nuevo dia de la patria, el nuevo de

su nacimiento: aquel en que las cadenas de su esclavitud quedaron rotas para siempre, aquel en que Iturbide devolvió á su país la perdida libertad, aquel en que le restituyó á su poder, aquel en que le rescató su soberanía, aquel en que le entregó su independencia; y en una palabra, aquel en que hizo que México se inscribiera en la gran lista de las naciones.

¡Sublime conquistador de la libertad é independencia de México! ¿Dónde estás? ¿qué te has hecho? ¿qué es del cetro, la corona y la gloria? El cetro y la corona fueron rotos al ciego impulso del furor liberticida; no existen ya: el cetro y la corona son mirados como objetos de oprobio y opresion; pero tu gloria vive pura: sin mancha y bella como la aurora del día de la felicidad.

Los gritos de un pueblo te elevaron al imperio: los gritos de ese mismo pueblo, movido por los partidos, te derrocaron del poder y rompieron tu cetro y tu corona. Tú les dejaste patria al descender del trono, y ellos presentan á tus cenizas desolacion y miseria. ¿Y serán todos culpables? No, no lo son todos. Unos pocos no mas, y bien marcados.

El premio que te fué dado al rescatar lo que mas aman los verdaderos patricios, fué la amargura del ostracismo. Y cuando juzgasteis que

la paz y el bien de tu país iba á perderse, volasteis de remotas tierras al nuevo salvamento. pero te esperaban los odios melancólico, social y salvaje que están unidos á la ignorancia y á la envidia: y el cadalso fué el tronó de la muerte.

Esbirros de la muerte que en Padilla esgrimís-teis la espada de vuestro furor salvaje, compareced ante el severo juicio de la inexorable historia, y llorad porque os agobia el peso de vuestra sempiterna execracion; no de los remordimientos, porque fuísteis incapaces de tenerlos, llorad porque la historia os presenta como objeto de vilipendio: porque la nacion os toma por término comparativo de baldon y ultraje; y llorad, en fin, porque el universo entero os abomina y os maldice. Y tomad en cuenta, que tanto cuanto crece el vilipendio vuestro, tanto mas se aumenta la gloria de vuestra víctima.

Ya manifesté, señores, que los hechos, y solo los hechos tendrian lugar en mi expresion; sin que sea mi ánimo dirigirme contra determinada persona; pero son mis amados hermanos los buenos y leales mexicanos, me duelen sus desgracias: quiero su verdadera felicidad, y me parece que sin clasificar debo poner ante el dócil pueblo que me escucha, las maldades y crímenes de los que mañana tildará la historia: á esos solos me dirijo.

Dísteis el grito de república, como el grito de union, paz y amparo, y prometísteis que el principio social seria reconocido sin exclusivismo, respetado el pacto fundamental, las luces difundidas, animadas las ciencias, estimadas las creaciones del genio, protegida la industria, las artes y agricultura: el comercio tendiendo sus alas en todas direcciones, el dominio garantido, la equidad como el medio conciliador, la justicia obedecida y respetada y la ley como el punto de apoyo y partida. Y bien, ¿dónde están vuestras promesas? En el seno de las promesas mismas. ¿Dónde está la felicidad que anunciásteis al país? En vuestros mentirosos labios.

Vosotros le prometísteis al pueblo el bien y la felicidad, y vuestras discolas rencillas le han dado miseria y desnudez: le prometísteis igualdad, y dísteis animacion á los ritos de Escocia y York para que un hombre, emanacion de una funesta y maldecida inteligencia, se burlára de ambos ritos y los hiciera sus ridículos juguetes. Bien conocísteis que ese hombre escedia á los sofistas en el arte de dar al error el lenguaje de las ilusiones; á los vicios y desenfrenadas pasiones la máscara de la virtud: y al crimen y á la impiedad el denso manto de la filosofia. Empero vuestro egoismo y vuestra maldad era mayor, y deseábais cada uno el primer puesto de la patria aun á costa de la patria misma. Y siguien-

do por el infame camino de las revoluciones con engaño sobre engaño y promesa sobre promesa, llegásteis hasta el extremo de vender nuestra nacionalidad y la tercera parte del territorio comun: la tercera parte de nuestros hermanos á quienes hicísteis esclavos, y no perdisteis vuestro honor sino el de la nacion.

Volved los ojos á Guadalupe y mirad el lánguido y asqueroso retablo que trazásteis, padre bastardo del bastardo cuadro que ya ofrece Tehuantepec. Ahí tenéis el haber abrigado la carta fundamental de nuestros vecinos: recoged ahora el fruto y dadlo al pueblo que aun recuerda á Palo Alto, la Resaca, Veracruz, la Angostura, Cerro Gordo y Valle de México en que perecieron los patricios cubiertos de gloria, mientras vuestra ambicion y doloso proceder os cubria el rostro con inmundo cieno.

Despues de tantos y tantos delitos; y no desaciertos, habeis halagado una falange, que con visos de saberlo ignora todo, con las locas ideas de Furrier y Prudhon, queriendo establecer el socialismo y la igualdad de fortuna. Habeis meditado que nuestras costumbres, nuestras leyes, hábitos, usos y necesidades, se resisten á semejantes planes, pero sabeis tambien que ese es el mejor modo de destruir el pais, dividiendo á sus moradores. No habeis perdido tiempo pa-

ra fomentar la guerra de castas; habeis hecho el agio devastador; no habeis respetado la ley: habeis ultrajado el mismo sistema plantado por vosotros mismos, y hoy os asombráis, no de vuestra obra, ni de vuestra maldad; sino de la tolerancia de los pueblos y de los hombres. Pues bien, oid la suerte que nos espera, compendian- doos desde que fuimos hasta el dia fatal de la disolucion completa para pasar á la servidum- bre.

Veinte y nueve años ha que luchamos con los errores de la conciencia y del corazon: que la tempestad política agita el oceano de las pasio- nes: que soñamos sin dormir: que nuestro sus- tento moral son las ilusiones mas ó menos gran- des, mas ó menos brillantes; mas ó menos exa- jeradas ó ridículas; y en fin, que ni sabemos lo que deseamos ni lo que debiéramos desear; ni lo que tenemos, ni lo que debiéramos tener; ni lo que somos ni lo que debiéramos ser; ni la po- sicion que guardamos ni la que debiéramos guar- dar; ni el lugar que se nos da, ni aquel en que se nos debiera colocar: y por último, que no te- nemos mas ideas que aquellas que producen las abultadas creaciones de allende el mar, y que entre los Alpes y Pirineos se levantan como la espiga del trigo para ser despues segadas con la hoz de la razon y del juicio.

Hemos visto sucederse los hombres y los go-

biernos como un día á otro día, una noche á otra noche. ¿Y cuál es el recuerdo que nos han dejado? el avance fatal al postrer instante. ¿Dónde está el bien y la felicidad? en el círculo máximo de la política; pero nosotros hemos corrido sin gozar del bien y de la felicidad, los trescientos cincuenta y nueve grados que conducen á la disolucion social, y hemos entrado en los trescientos sesenta donde se halla la agonía y la desaparicion.

Se han establecido los sistemas llenos de alteraciones monstruosas y aberraciones punibles. Con todos hemos jugado y todos los hemos escarnecido. No hemos querido jamas acercar la copa del orden á nuestros labios, porque nos ha parecido que el contenido es un licor vilioso cuyas heces son mas amargas que la esencia del acíbar. Y en fin, hemos sido el escándalo de las naciones y la mofa de todos los hombres. Y si digo somos en unos y otros puntos, es por que los unos somos reos, y los otros cómplices por nuestra paciencia y tolerancia.

¿Cuál es pues nuestro estado despues del periodo corrido? la afrenta y la miseria. ¿Dónde está nuestro porvenir? ¡En la tumba! ¿Quién puede salvarnos de la disolucion y poner coto á las demasías de nuestros enemigos y foragidos vecinos? O un génio ó una mano de hierro, ¿si no el cráter del abismo está á nuestros piés; y

al hundirnos al desaparecer, no quedará otro vestigio que el lánguido recuerdo de que fuimos.

Señores, si alguno tiene duda vuelva sus ojos al Bravo, y tornándolos despues al Istmo de Tehuantepec, quedará convencido que la ignominia y la muerte son las únicas que nos esperan: y que dejaremos a nuestros hijos por herencia profecticia la miseria, la esclavitud y el espantoso oprobio. El dado está tirado: la suerte balancea y el fiel se corre hácia el lado de nuestra desgracia. ¿Y será nuestra la culpa? Sí, porque los unos, repito lo que antes, son delinquentes ya, y los otros cómplices del delito.

¡Hombres fatales! Vosotros conducis la nave del estado al borrascoso mar donde debe fracasar: vosotros sois los pigmeos que destruís la obra del gigante: vosotros vais á que de la carta universal desaparezca México como nacion libre é independiente: vosotros fundis las cadenas de la esclavitud para despues sentaros á contemplar con sarcástica mirada é infernal sonrisa vuestra obra de maldicion; pero tened presente que el dominador que se prepara, pesó ya vuestra villanía, y que en la balanza de su escasa razon tiene ya preparado el castigo de vuestras iniquidades; para que mañana no le hagais lo mismo que hoy haceis á la patria.

¡Gran Dios! ¡Qué idea tan horrible! Qué pensamiento tan atroz agita mi cerebro en este ins-



tante! Mis hijos, mis hermanos, mis amigos, mis jueces. ¡El corazón tiembla y se espanta al considerar que hoy os veo libres y mañana tal vez os veré esclavos: que hoy os veo rodeados de los objetos de vuestros amores y caricias y mañana os tendré que ver execrados, esearnecidos, muertos de miseria, desnudez y castigo. ¡Piedad gran Dios! ¡Piedad para el suelo mexicano!

Y tú ilustre general: sublime emperador, acoge mi plegaria y mi ruego y desde la mansion del descanso eterno anímes: nuevamente tu voz y dirígela al Dios de la Creacion: no turben mis quejas tu reposo: no hieran mis lágrimas tu nueva sensibilidad: y si es necesaria mi vida por ofrenda para que México sea feliz, aquí está.—
He dicho.